



LA BIOGRAFÍA
ESENCIAL DE FELIPE II

EL REY IMPRUDENTE

GEOFFREY
PARKER

Geoffrey Parker

El rey imprudente

La biografía esencial de Felipe II

Traducción del inglés de Victoria E. Gordo del Rey
Revisión del autor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Geoffrey Parker, 2015
© de la traducción, Victoria Eugenia Gordo del Rey, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2015
Depósito legal: B. 13.566-2015
ISBN: 978-84-08-14199-0
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Egedsa
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

Prefacio 11

PRIMERA PARTE: EL UMBRAL DEL PODER

1. Aprendizaje cortesano, 1527-1543 21
2. Un príncipe del Renacimiento, 1543-1551 49
3. Un imperio en transición, 1551-1558 67

SEGUNDA PARTE: EL REY Y SU MUNDO

4. La mesa de Felipe II 93
5. El rey y su Dios 115
6. El rey se divierte 139

TERCERA PARTE: LA PRIMERA DÉCADA DEL REINADO

7. Toma de control, 1558-1561 165
8. «No terné en nada perder cien mill vidas si tantas tubiesse»: la lucha por la fe, 1562-1567 190
9. El rey y su familia 212
10. El enigma de don Carlos 238

CUARTA PARTE: EL REY VENCEDOR

11. Años de cruzada, 1568-1572 261
12. Años de adversidad, 1573-1576 285
13. La crisis del reinado, 1576-1577 305
14. ¿Un rey asesino? 329
15. Años de triunfo, 1578-1585 351
16. «El monarca más poderoso de la cristiandad» 373

QUINTA PARTE: EL REY VENCIDO

17. La Empresa de Inglaterra, 1585-1588 403
18. Felipe acorralado, 1589-1592 427
19. Camino de la tumba y más allá, 1593-1603 448

Epílogo 477

Cronología 493

Abreviaturas utilizadas en este libro 507

Fuentes y bibliografía 513

Notas 547

Listado de láminas e ilustraciones 613

Agradecimientos 617

Convenciones utilizadas en este libro 623

Índice alfabético 625

1. Aprendizaje cortesano, 1527-1543

Felipito

El 10 de marzo de 1526, Carlos V, sacro emperador romano y soberano de Castilla, Aragón, Nueva España, Perú, los Países Bajos y gran parte de Italia, entró en la bulliciosa ciudad de Sevilla por primera vez. Ataviado todavía con sus ropas de viaje y cubierto de polvo, desmontó de su caballo en el patio del Real Alcázar y entró a grandes zancadas en la habitación donde la princesa Isabel de Portugal, su prima, le estaba esperando. El papa ya había enviado una dispensa por la cual los primos quedaban exentos de la prohibición eclesiástica de contraer matrimonio (y de hacerlo en Cuaresma), y sus representantes también habían firmado ya el contrato matrimonial; de modo que, tras quince minutos de educada conversación con la novia, a la que nunca hasta entonces había visto, Carlos se vistió con sus mejores galas y asistió a la misa nupcial y al posterior baile. Luego, a las dos de la madrugada, la pareja se fue a la cama a consumir su unión.

Las primeras semanas de casados de la pareja imperial fueron idílicas. Se quedaban «en la cama hasta las diez y once de la mañana» todos los días, y cuando salían de la habitación mostraban «una indudable satisfacción».¹ El matrimonio y su séquito se dirigieron después lentamente a Granada, a rendir sus respetos ante sus abuelos comunes, los Reyes Católicos, enterrados en la Capilla Real de la catedral, con la intención de continuar su majestuoso avance hasta Barcelona, desde donde Carlos tenía previsto partir para emprender una cruzada contra los turcos otomanos, dejándole a su esposa el gobierno de España; pero entonces llegaron noticias de que el rey de Francia había declarado la guerra. Esto impidió la salida de España del emperador, por lo que su esposa y él pasaron los seis meses siguientes en Granada, esperando a que la situa-

ción internacional mejorase, y en la Alhambra fue concebido Felipe II. La emperatriz se quedó en Granada, descansando, hasta principios de 1527, cuando realizó un pausado viaje para reunirse con su esposo en Valladolid, entonces capital administrativa de Castilla.²

Como a menudo ocurre con el primer hijo, el parto fue difícil y duró casi trece horas. La emperatriz siguió el ejemplo de su abuela, Isabel la Católica, y pidió que le cubrieran la cara con un velo para que nadie pudiera ver su sufrimiento, y cuando una comadrona la instó a que diera rienda suelta a sus sentimientos, la emperatriz respondió adustamente: «No me digáis tal, que moriré, pero no gritaré». «Felipito», como le llamaba el bufón del emperador, llegó al mundo alrededor de las cuatro de la tarde del 21 de mayo de 1527 y, en la ceremonia del bautizo, celebrada dos semanas después, los heraldos reales gritaron tres veces en voz muy alta: «¡Don Felipe, por la gracia de Dyos, príncipe de España!». Pero Felipito heredaría mucho más que el trono de España.³

La herencia

La casualidad dinástica había reunido en la persona de Carlos V cuatro herencias distintas. Del padre de su padre, el emperador Maximiliano de Austria, Carlos había recibido las ancestrales tierras de los Habsburgo en Europa central; de la madre de su padre, María de Borgoña, había heredado numerosos ducados, condados y señoríos en los Países Bajos y el Franco Condado de Borgoña. De la madre de su madre, Isabel la Católica, Carlos recibió Castilla y los enclaves castellanos en el norte de África, el Caribe y América Central; del padre de su madre, Fernando el Católico, heredó Aragón, Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Carlos pronto añadió más territorios a este impresionante núcleo de bienes patrimoniales: varias provincias de los Países Bajos mediante tratados, el ducado de Milán cuando la dinastía autóctona de este se extinguió, y Túnez, en el norte de África, mediante conquista. Y lo más espectacular de todo, en América, sus súbditos españoles destruyeron primero el Imperio azteca, ocupando un área de ocho veces el tamaño de Castilla, y luego el Imperio inca en Perú. En 1535, cuando entró en la ciudad de Mesina, en Sicilia, Carlos V vio por primera vez la feliz frase acuñada por el poeta romano Virgilio en referencia a las posesiones del emperador Augusto: *A SOLIS ORTU AD OCCASUM*, «desde la salida del sol hasta el ocaso», o, como los «portavoces» de su hijo dirían luego, «un imperio en el que no se ponía el sol».



La monarquía española en su apogeo, 1585. La anexión de Portugal y sus posesiones de ultramar convirtieron a Felipe II en el gobernante del primer imperio global de la historia. Aunque su núcleo se hallaba en la península ibérica, por la mesa de Felipe pasaba regularmente un aluvión de asuntos relativos a África, Asia y América que le obligaban a tomar innumerables decisiones.

Ningún soberano europeo había controlado un imperio tan extenso, y la ausencia de precedentes contribuye a explicar la naturaleza aparentemente azarosa de la toma de decisiones por parte de los Austrias españoles: no tenían más opción que improvisar y experimentar, probar diferentes técnicas de gobierno sobre la marcha, aprender por ensayo y (a veces) error. En todo caso, la experiencia anterior no habría servido de ayuda dado que, durante la mayor parte de su reinado, Carlos V se enfrentó a una combinación de enemigos sin precedentes: dos de ellos religiosos, los protestantes y el papado, y otros dos políticos, Francia y el Imperio otomano.

Entre los cuatro empezó a fraguarse una peligrosa sinergia a raíz de que, en enero de 1519, su abuelo Maximiliano muriera dejando dos importantes asuntos pendientes. El viejo emperador no había conseguido silenciar a Martín Lutero, profesor de teología en la Universidad de Wittenberg (Sajonia), que escribía panfletos y discursos para recabar el apoyo público para sus tesis sobre la corrupción del papado y la necesidad de una reforma eclesíástica. Maximiliano tampoco había conseguido obtener el reconocimiento de que Carlos le sucedería como sacro emperador romano. Entonces, durante la primavera y el verano de 1519, Carlos y el rey Francisco I de Francia abonaron enormes sumas de dinero a los siete electores (*Kurfürsten*) que elegirían al próximo rey de los romanos (el emperador electo, pendiente de la coronación papal). Al final, Carlos resultó vencedor, de modo que sus territorios rodearon a Francia por el norte, este y sur. En 1521 Francisco declaró la guerra y, durante más de un siglo, tanto él como sus sucesores se esforzaron por poner fin al cerco de los Austrias rompiendo los lazos que unían a los diversos territorios heredados o adquiridos por Carlos V.

Los papas también se sintieron amenazados por la elección imperial, dado que Carlos ahora gobernaba no solo Cerdeña y España, al oeste, y Nápoles y Sicilia, al sur, sino también el Imperio al norte. Además, Roma dependía de las exportaciones de cereales procedentes de Sicilia, al tiempo que toda su actividad comercial, tanto marítima como terrestre, quedaba a la merced de los enclaves circundantes en manos de los Austrias. Por eso, las «cruzadas» de Carlos V (y posteriormente de Felipe II) tanto contra los infieles como contra los protestantes solían carecer de apoyo papal por miedo a que cualquier otro éxito sirviera para estrechar más el cerco sobre Roma. El sultán otomano, Solimán el Magnífico, también veía a Carlos como su enemigo natural. Durante su largo reinado (1520-1566), Solimán condujo a sus tropas hasta el Danu-

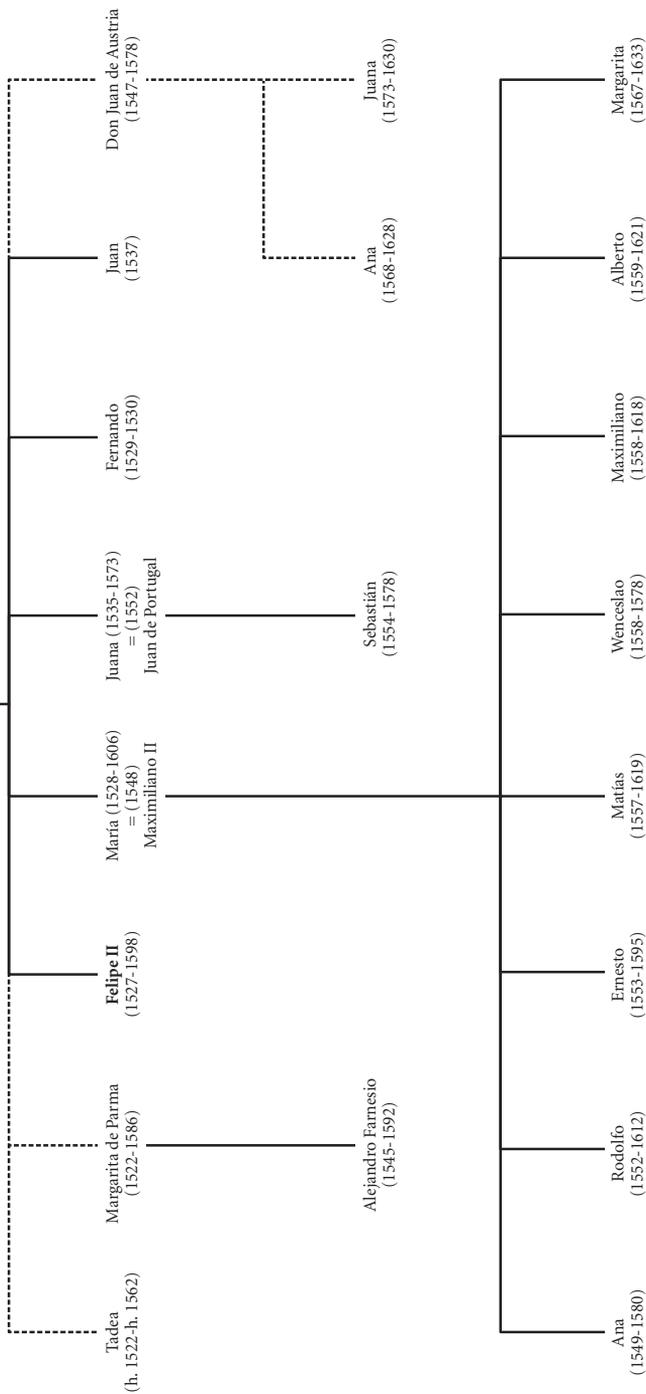
bio en cinco ocasiones, en cada una de las cuales conquistó tierras de los Austrias o bien de sus aliados, y solo su necesidad de hacer frente a otros enemigos extranjeros y a los conflictos internos evitó que protagonizara más avances.

Carlos, por su parte, también se hallaba distraído periódicamente por sus enemigos internos. La muerte de su abuelo Fernando de Aragón, el Católico, en 1516 dio lugar a una complicada herencia. A pesar de que el matrimonio de Fernando con Isabel de Castilla había creado una unión dinástica, las instituciones, leyes, moneda y estructura jurídica de cada reino mantenían sus identidades propias —Castilla, Aragón, Cataluña, Valencia y Navarra (anexionada por Fernando en 1512)—, y los poderes y políticas de la corona diferían en cada área. Aunque Fernando había sido rey consorte de Castilla mientras vivió Isabel, cuando esta murió en 1504 su título se extinguió y la corona pasó a la hija mayor del matrimonio, Juana, y su marido, Felipe de Austria, soberano de los Países Bajos, los padres de Carlos.

Juana, a diferencia de su madre, no mostraba deseos ni aptitudes de gobierno, por lo que Fernando y Felipe lucharon por el control de Castilla. Felipe venció, pero murió casi inmediatamente después. Fernando destituyó entonces a los oficiales nombrados por su yerno, la mayoría de los cuales (más tarde conocidos como «felipistas») huyeron a la corte del joven Carlos en Flandes, donde pasaron la década siguiente planeando su venganza. Fernando también recluyó a su hija Juana, a pesar de que era «reina propietaria» de Castilla, y actuó como «gobernador» del reino. En su testamento, nombró a Carlos único heredero de sus dominios y, en 1517, el nuevo rey y los «felipistas» llegaron procedentes de los Países Bajos para tomar posesión. Dos años más tarde, la elección de Carlos como sacro emperador romano lo obligó a regresar al norte de Europa y, en su ausencia, se produjeron revueltas contra su autoridad en Mallorca, Sicilia, Valencia y, sobre todo, en Castilla, donde las Comunidades se afanaban por convertir a Juana en reina, no solo de nombre, sino también *de facto*.

El regreso del emperador en 1522 restauró el orden en España, pero dejó a Alemania al borde del caos, dado que el hermano de Carlos, Fernando, su regente, no podía frenar la propagación de las ideas protestantes ni la expansión del poder otomano. Aunque Fernando contrajo matrimonio con la hermana del rey Luis de Hungría (el cual se casó a su vez con la hermana de Fernando, María), el apoyo militar y financiero de la Casa de Austria no consiguió evitar que Solimán derrotara a los

Carlos V (1500-1558) = (1526) Isabel de Portugal (1503-1539)



La familia de Carlos V. La Casa de Austria tendía a formar grandes familias o ninguna. María, hija de Carlos V, tuvo quince descendientes (en la ilustración, por razones de espacio, solo figuran ocho); de ellos, solo Ana tuvo hijos, uno de los cuales, el futuro Felipe III, sí engendró herederos. Los restantes contrajeron matrimonio demasiado tarde para reproducirse o bien no se casaron. (Las líneas discontinuas corresponden a hijos ilegítimos.)

húngaros en 1526. Tanto el rey Luis como la mayoría de sus nobles sucumbieron en la batalla, y las fuerzas otomanas lograron adentrarse tierra adentro en Hungría. Desesperado, Fernando ofreció tolerancia a los luteranos de Alemania a cambio de su ayuda militar contra los turcos. La influencia protestante se extendió más rápidamente todavía.

Verdadero príncipe de Castilla

Carlos se encontraba impotente para enfrentarse a estos contratiempos debido a que la guerra abierta con los turcos, los franceses y el papa le tenía confinado en España, pero esto a su vez le permitió en mayo de 1527 organizar los festejos para celebrar la llegada de Felipe, el primer príncipe nacido en España desde hacía cincuenta años. Según un embajador, «[está] el Emperador tan alegre y regocijado y gozoso del nuevo hijo que en otra cosa no entiende sino en ordenar fiestas». Felipito, por supuesto, no se enteró ni de esto ni de la ceremonia celebrada al año siguiente en el monasterio de San Jerónimo el Real de Madrid en la que fue jurado como príncipe de Castilla. Su atención por entonces permanecía centrada en sus padres y las tres nodrizas que cuidaban de él.

Carlos e Isabel continuaban pareciéndoles a todos, como escribió el embajador Martín de Salinas, «los dos mejores casados que yo sepa deste mundo».⁴ Aunque la emperatriz adoraba a su marido, Carlos parecía ver a su esposa principalmente como procreadora y administradora. Gracias a las amas de cría, la emperatriz recuperó rápidamente su fertilidad y, tres meses después del nacimiento del príncipe, Carlos dejó a su esposa, de nuevo embarazada, como regente de Castilla mientras él iba a Aragón para reunirse con las Cortes, con la clara intención de continuar viaje hasta Barcelona y de allí pasar a Italia; y cuando las hostilidades con Francia volvieron a impedir una vez más su partida, en lugar de regresar para estar con su esposa, prosiguió hasta Valencia. Por lo tanto, Carlos no estuvo presente cuando Isabel dio a luz a la infanta María, en junio de 1528. Regresó dos meses más tarde, pero se marchó nueve meses después. Gracias a una ventajosa paz con sus enemigos, Carlos pudo surcar sin percances el Mediterráneo hasta Italia, dejando a su mujer, una vez más embarazada, a cargo de la regencia. No volvería a ver a su esposa y sus hijos en cuatro años.

Así pues, Felipito pasó su infancia sin padre. Cuando tenía dos años fue destetado y, al año siguiente, él y su hermana, la infanta María, pasaban el tiempo «en imbidias sobre cuál tiene más vestidos». Según un

cortesano, «el príncipe está muy contento con un sayo y un capote de monte que tiene. Pide cada día» a su madre «que vaya a Aranxuez, y con este vestido y una vallestá que tiene, amenaza tanto a los venados, que me parece que cuando Vuestra Majestad [Carlos V] venga no hallará ya que matar». Como todos los niños, el príncipe tenía sus altibajos. Así, en 1531, «su pasatiempo es ordenar justas a los niños, y las lanzas son velas encendidas»: todo el mundo se rio de esta gracia. También se rieron cuando una dama le suplicó que recibiese a un paje y él se negó, pues «tenía muchos» y no lo podía tomar a su cargo, por lo que era mejor que se lo diera «a su hermana que no tenía ninguno», pero le contestaron que ella no podía tener pajes tan pronto. Enojado, Felipito replicó: «Pues busca otro príncipe, que por estas calles los hallarás». Era el primer diálogo registrado del príncipe. Pero, en otras ocasiones, «suele Su Alteza enojarse algunas veces, porque no le quiere dar de comer todo lo que quiere. Es tan travieso, que algunas veces Su Majestad [Isabel] se enoja de veras; y ha avido azotes de su mano».⁵

A la edad de cuatro años, Felipe «conoce las calidades de las personas que le sirven como si pasase de diez años» y «anduvo en su mulica solo y hallose muy bien». Se niega a viajar con su madre en su carruaje; en su lugar, «deseaba que llevasen allá a la Señora Infanta, que se halla muy bien con su compañía, por donde parece que no será mal galán». El príncipe también rehusaba montar a la amazona en su «machico pequeño»: «No quiso que le sentasen en la silla sino los pies en los estribos».⁶ Esa madurez condujo a una transición importante. El día de Santiago de 1531, mientras se encontraba en un convento asistiendo a una ceremonia en la que tres jóvenes aspirantes a monjas tomaban los hábitos, la emperatriz permitió a su hijo que cambiara las largas vestiduras que entonces llevaban los infantes de ambos sexos por el jubón y las calzas que usaban solo los varones. A partir de entonces, aunque continuó siendo acompañado a todas partes por su madre, sus damas y su hermana, el príncipe empezó a asistir a torneos, festivales y otras actividades públicas. De este modo comenzó su paso de la vida privada a la pública.

La decisión de la emperatriz de llevar a cabo en un convento esta significativa transición en la vida de su hijo refleja no solo su propia devoción, sino también la ferviente piedad de las otras dos personas que supervisaban el bienestar del niño en esa etapa de su vida: doña Inés Manrique de Lara y doña Leonor de Mascarenhas. La primera, de una eminente familia castellana (su tío era arzobispo de Sevilla e inquisidor general), había servido a Isabel la Católica como camarera mayor y, tras

la muerte de la reina, se había retirado a un convento donde su ejemplar piedad le había hecho ganar fama de beata. Sin duda, fue esto lo que llevó a la emperatriz a llamar a doña Inés a la corte, para prestar servicios como aya del príncipe y, como tal, responsable de su bienestar físico y moral. Doña Leonor era mucho más joven —había nacido el mismo año que la emperatriz, en cuyo servicio había venido a Castilla—, pero vivía también como una beata y, si bien carecía del título oficial, ejercía asimismo como aya del príncipe.

El fervor religioso de sus dos ayas reflejaba el de la propia emperatriz (y el de su abuela, Isabel la Católica): práctica, ascética y vehemente. Antes de concebir a Felipe, Isabel encargó misas especiales para asegurar su fertilidad e hizo la promesa, en la iglesia de Santa María la Antigua de Sevilla, de regalar una estatuilla de plata de un niño como exvoto por cada hijo que concibiera (según su testamento, mandó fabricar y enviar a la iglesia cinco estatuillas de plata). Dio a luz rodeada de una colección de reliquias que se había traído de Portugal mientras agarraba el cíngulo de santa Isabel, que, según se decía, la madre de Juan el Bautista había tenido en la mano durante su parto; más adelante, envió las mantillas que Felipito había llevado antes y después de su bautismo a ser bendecidas por otra beata, la cordobesa sor Magdalena de la Cruz, famosa por sus visiones y profecías, que a su vez le enviaba de vuelta algunos de sus hábitos «para que» (según un cronista) «el infante fuera envuelto en ellos y así aparentemente defendido y amparado de los ataques del diablo».⁷

Felipe sobrevivió no solo a «los ataques del diablo», sino también a los peligros a los que se enfrentan los pequeños de todas las épocas. Un día, doña Leonor se dio cuenta de que se había colgado por fuera de la reja situada en el exterior de uno de los pisos altos de palacio e inmediatamente hizo voto de castidad permanente si Dios le permitía salvar al príncipe. Acontecimientos traumáticos como estos, unidos a la muerte en 1530 de su segundo hijo varón, Fernando, afectaron a la emperatriz profundamente: en adelante, el pánico se apoderaba de ella cada vez que sus restantes hijos, especialmente Felipe, sufrían la menor enfermedad, y su ánimo decaía cada vez que Carlos estaba fuera de casa. Según un embajador extranjero, «proceden sus males de la pérdida del Señor Infante, que Dios tiene en gloria, y de alguna indisposición que el príncipe [Felipe] tiene, y el principal de la ausencia» de su marido.⁸ Entonces, en la primavera de 1533, recibieron noticias de que Carlos llegaría a Barcelona, e Isabel y sus dos hijos supervivientes partieron

para reunirse con él allí. Un cortesano señalaba orgulloso que Felipe era ya lo bastante grande y fuerte para pasar de montar en mula a montar en caballo; pero el desarrollo intelectual del príncipe iba más a la zaga: no sabía todavía leer ni escribir, y su principal contacto con la cultura escrita se limitaba a la lengua oral. Escuchaba historias como las del Cid tan a menudo que llegó incluso a memorizarlas. Así, un día en que uno de sus compañeros le estaba importunando, Felipe replicó: «Mucho me aprietas, Hulano; cras me besarás la mano», reproche inspirado claramente en un fragmento de *La Jura de Santa Gadea* en el que el rey Alfonso le dice al Cid:

Mucho me aprietas, Rodrigo; Rodrigo, mal me has tratado,
mas hoy me tomas la jura, cras me besarás la mano.⁹

A su regreso a España, el emperador decidió que su hijo, ya de siete años de edad, necesitaba un «maestro» y, en 1534, nombró a Juan Martínez del Guijo. Conocido por la versión latinizada de su apellido, *Silticeo*, era un sacerdote de 48 años de edad y origen humilde que había estudiado en París y publicado libros de filosofía y de matemáticas antes de convertirse en catedrático de filosofía en Salamanca. Durante el siguiente lustro el príncipe se esforzó con su maestro en estudiar la *Grammatica brevis* de Marineo Sículo (al parecer, el primer libro que poseyó) y las obras piadosas de Ludolfo de Sajonia, llamado el Cartujano.

En marzo de 1535 Carlos abandonó una vez más a sus hijos, dejando a su esposa embarazada otra vez. Tres meses más tarde, Isabel dio a luz a la infanta Juana y enseguida Carlos decidió apartar al príncipe del «poder de las mugeres» y crear otra casa para él, dirigida por don Juan de Zúñiga y Avellaneda, uno de los nobles «felipistas» que llevaba a su servicio casi treinta años. Resulta significativo que Carlos quisiera que su hijo «se criase e sirviese de la manera que se tuuo con el príncipe su tío», Juan de Trastámara, hijo y heredero de Fernando e Isabel, el último príncipe de Asturias.¹⁰ La creación de una casa independiente para Felipe en 1535 significó que, a partir de entonces, solo sería atendido por sirvientes masculinos —el emperador nombró a unos cuarenta— y que Zúñiga, o su ayudante, dormiría en la misma cámara que él por la noche y le mantendría bajo constante vigilancia durante el día. «Solo hago ausencia», le aseguraba Zúñiga a Carlos V, cuando «estaua escriuiendo para Vuestra Majestad» o «estando [don Felipe] en la escuela, o en parte con su madre donde yo no pueda entrar». Felipe iba

a convertirse en un «verdadero príncipe de Castilla». ¹¹ Su mundo nunca volvería a ser el mismo.

Príncipe de España

La exclusión de Zúñiga de «la escuela» reflejaba la tradición castellana según la cual «conviene que el príncipe tenga dos personas que le enseñen cosas diversas: vn maestro que le abeze letras y buenas costumbres, y vn ayo que lo industrie en militares y galanes ejercicios». ¹² Así pues, Silíceo fue quien enseñó al príncipe (y a seis de sus pajes) a leer, escribir y rezar, aunque el progreso fue bastante lento. En noviembre de 1535, el maestro informaba a Carlos de que «se cumplieron dos meses que estuvo sin leer ni escrevir» porque el príncipe había estado enfermo; tres meses después, Silíceo anunció que de nuevo había suspendido por algunos días los estudios de latín del príncipe «porque son difíciles estos primeros principios»: no es de extrañar, por tanto, que, a la edad de trece años, aunque el príncipe podía supuestamente entender el latín que leía y oía, «el escribir en latín [solo] se ha comenzado». ¹³

En cambio, Felipe mostró una precoz devoción religiosa. Nada más asumir el cargo de ayo en 1535, el severo y devoto Zúñiga ya señalaba que «el temor de Dios en el [príncipe] es tan natural que en su edad yo no lo he visto mayor. Creo yo que le ayuda mucho ser tan buenas mugeres y cristianas doña Inés Manrique y doña Leonor Mascarenhas». Así pues, el príncipe dedicaba las mañanas enteras a rezar y a las lecciones. Los libros de contabilidad de su casa y las cartas de sus tutores a Carlos V revelan cómo pasaba el resto del día. «Aprende muy bien después que está en la escuela», refería Zúñiga a Carlos en 1535, añadiendo maliciosamente «aunque ¡cuando va a ella parece un poco a su padre quando era de su edad!». El príncipe desarrolló una gran pasión por la caza: las descripciones de las cartas de Zúñiga, así como la frecuente compra de ballestas, flechas y jabalinas por el tesorero de su casa, testimonian su creciente habilidad para matar animales en los parques reales. Solo Silíceo era capaz de extraer una lectura positiva de la preferencia del rey por la caza antes que por el estudio, y, en este sentido, tranquilizaba a su soberano diciendo que «ase de tener a mucho que en esta edad de catorce años, en la cual naturaleza comienza a sentir flaquezas, aya Dyos dado al príncipe tanta voluntad a la caça». ¹⁴

Al final, Carlos tuvo que fijar una cuota semanal para cada especie en cuanto al número de piezas que a Felipe se le permitía abatir; pero,

para compensar su desilusión, el ayuda de cámara del príncipe recibía «30 ducados que cobra él cada mes para las cosas que dan contentamiento a su alteza». Entre ellas se incluía «un hombre de armas de plata, armado de todas las piezas; un cauallo de plata para el dicho hombre de armas»; y «seis pieçecicas de artillería pequeñitas doradas». Estos artículos iban todos dirigidos a desarrollar el espíritu marcial del príncipe. Otros eran simplemente «para su alteza olgar con él», como «un caxcabel de las Indias que haze un sonido suave» y «un espejo de las Indias hecho a manera de cabeça de perrillo». Felipe también poseía una baraja de cartas con la que él y don Luis de Requesens, el hijo mayor de Zúñiga y su paje principal, «fent una església de naips vui tot lo dia». ¹⁵ Tenía asimismo pájaros como animales de compañía, a algunos de los cuales se les había cegado a propósito porque se creía que así trinaban mejor: cuando por entonces su casa tuvo que trasladarse de un palacio a otro, se precisó una mula extra para transportar el aviario del príncipe. Una xilografía de Antonio de Honcala muestra al joven príncipe jugando con un pájaro sujeto a un cordel (*véase lámina 2*). Posteriormente, Felipe adquirió otros animales domésticos: un perro que dormía en su cámara en un «colchón de aneja» especial, una mona, seis cobayas y un papagayo.

Felipe también aprendía a comportarse adecuadamente en público. En los bailes, su pareja era su hermana María y desfilaba en las procesiones que precedían a las corridas de toros y los torneos. En 1535, por primera vez, apareció en público con armadura en «una muy solemne justa» en Madrid (aunque luego se sentaba junto a sus hermanas en un palco especial para contemplar el espectáculo). El joven príncipe permanecía junto a su madre cuando esta recibía embajadores, y se sentaba al lado de su padre cuando este inauguraba las Cortes de Castilla.

El emperador rara vez estaba presente para intervenir en la formación de su hijo. En marzo de 1535 dejó España y no regresó hasta enero de 1537; después, en cuanto la emperatriz quedó encinta otra vez, Carlos se marchó a Aragón. Isabel dio a luz sola, en esta ocasión a otro infante bautizado con el nombre de su fallecido tío Trastámara, Juan. Moriría al poco tiempo. Este suceso hizo que el emperador se apresurara en regresar a Castilla —tal vez preocupado por el hecho de que su esposa se aproximaba al final de su edad fértil y él solo tenía un heredero—, pero cuando Isabel se quedó embarazada de nuevo, Carlos volvió a marcharse, dejándole «molt amarga desta partida del Emperador per por que no es detinga allà més de lo que diu», según una de sus damas, la cual añá-

día, «té raó, que molt trista vida pasa en sa absència». ¹⁶ Este embarazo, el quinto, también se malogró, lo que obligó a Carlos a volver e intentar engendrar un hijo de nuevo: aquella sería la última vez. En abril de 1539, mientras el emperador y Felipe se dirigían a Madrid para salir de caza, la emperatriz dio a luz a otro infante, que nació muerto, a raíz de lo cual ella enfermó y falleció el primero de mayo de 1539, tres semanas antes del duodécimo cumpleaños del príncipe Felipe (*véase lámina 3*).

Felipe no olvidaría nunca aquellos primeros años con su madre. Cuando en 1570 el mayordomo mayor de su nueva esposa, Ana de Austria, le preguntó qué protocolo se debía seguir en la casa, el rey contestó «que todo se haga como en el [tiempo] de mi madre»; y cuando surgían preguntas concretas, el rey volvía a referirse a «lo que se me acuerda que pasó en tiempo de my madre». Felipe también se acordaba de las personas de aquellos primeros años. Un día de 1594, a la edad de 67 años, al recibir una carta en la que se proponían candidatos para el puesto de inquisidor general, se vio abrumado por los recuerdos de sus primeros años y de las carreras de anteriores titulares. «Quando se dio la Inquisición General al Cardenal Tavera, ya era arzobispo de Toledo desde el año de [15]34, que murió don Alonso de Fonseca, que también conocí, y que vi la noche antes que muriese, que llegamos a Alcalá y murió la noche que estuvimos allí». También recordaba su primer encuentro con el padre de uno de los candidatos, «que fue en el principio del año de 1533 con la emperatriz mi señora, que aya gloria, a Barcelona a esperar allí al emperador mi señor, que también aya gloria». ¹⁷

Padre e hijo

Tras la muerte de Isabel, el emperador se retiró a un monasterio durante siete semanas para llorar la pérdida de su esposa, y ordenó a sus dos hijas trasladarse a la villa de Arévalo, donde podrían crecer lejos del bullicio de la corte y de su hermano. Felipe tenía que presidir en solitario las exequias fúnebres por su madre, celebradas en la iglesia de San Juan de los Reyes de Toledo. Esta fue su primera aparición solo en la escena pública. Cuando Carlos abandonó su retiro monacal, decidió hacerse cargo personalmente de la preparación de su heredero y, a tal efecto, incrementó notablemente el número de sus criados y ascendió a Zúñiga para que fuera mayordomo mayor (sin dejar de ser el ayo) del príncipe. Pero casi enseguida llegaron noticias de una sublevación en los Países Bajos encabezada por Gante, la ciudad natal de Carlos. Esto planteaba un

complejo dilema para el emperador, puesto que también los pecheros de Castilla parecían inquietos. En 1538, los nobles y ciudades reunidos en las Cortes de Castilla expusieron que, dados los «18 años que ha que Vuestra Magestad está en armas por mar y tierra», era menester que «Vuestra Magestad trabaje por tener suspensión de guerras», y se negaron a votar nuevos impuestos para las guerras extranjeras. El emperador, enfurecido, ordenó a todos retirarse con severos reproches.¹⁸ Por tanto, dejar España representaba un riesgo importante: todos recordaban que la última vez que Carlos se había marchado sin nombrar a un regente de sangre real, la rebelión de los comuneros casi le había costado el trono. Ahora, sin la emperatriz, carecía de un pariente adulto que pudiera gobernar España; pero tampoco podía ignorar el riesgo de no marcharse. Según su hermana María, su regente en los Países Bajos, «aquí lo que está en juego es si Su Magestad será señor o siervo».¹⁹

Así pues, Carlos decidió partir para los Países Bajos en noviembre de 1539, y dejó a Felipe como su regente nominal, pero con el poder ejecutivo investido en el cardenal Juan de Tavera, primado de España e inquisidor general, que actuaría como «gobernador» asistido por Francisco de Los Cobos, el responsable *de facto* del aparato administrativo y financiero de Castilla, a quien Carlos había designado para el puesto de secretario de Felipe. Justo antes de abandonar España, Carlos preparó dos juegos de Instrucciones. Las que iban dirigidas a sus ministros se concentraban en sus tareas y responsabilidades administrativas, mientras que el documento para Felipe trataba de política. El emperador lo redactó «por forma de admonición, parecer y consejo», de modo que, en caso de que «Dios será servido de llevarnos para sí» antes de haber conseguido sus objetivos políticos, «el dicho príncipe sepa nuestra intención» y pudiera seguir las estrategias religiosas, dinásticas y políticas correctas «para que poder vivir y reinar pacíficamente y en prosperidad». Este fue el primero de los muchos documentos de asesoramiento que conformarían decisivamente la perspectiva política del príncipe, que perseguiría las metas marcadas por su padre durante el resto de su vida.²⁰

Tras exigir al príncipe que amara a Dios y defendiese su Iglesia, el emperador le instaba a depositar su confianza, por encima de todo, en sus parientes. «Que tenga y conserve buena, verdadera, sincera y perfecta amistad y inteligencia con el Rey de Romanos, nuestro hermano [Fernando], y con nuestros sobrinos y sobrinas sus hijas; con las reynas de Francia [su hermana Leonora] y viuda de Hungría [su hermana María];

con el rey y reina de Portugal [su hermana Catalina], y sus hijos y hermanos del dicho señor rey, como por deber de parentesco el dicho nuestro hijo es obligado, y siguiendo la dicha amistad y inteligencia como ha sido y es entre nos». Carlos exponía a continuación la mejor manera de tratar tres asuntos contenciosos: Francia, los Países Bajos y Milán. Él los consideraba relacionados, dado que, aunque en aquel momento estaba en paz con el rey de Francia, dicha paz solo se mantendría si las partes se ponían de acuerdo «en el quitar y extinguir todas las querellas y pretensiones de intereses» relativas a los Países Bajos y Milán, y sellaban el trato con «alianzas de casamientos».

El emperador revelaba haber prometido al rey Francisco que el segundo hijo de este se casaría con la infanta María, con Milán como dote. A pesar de este solemne compromiso, continuó, tanto él como la emperatriz habían estipulado en sus testamentos «en caso que nouviésemos otro hijo que el dicho príncipe, como ha subcedido», que María se casaría con uno de los hijos de Fernando y que ambos, juntos, gobernarían los Países Bajos. Este asunto había adquirido una importancia clave con los «movimientos y motines» de los Países Bajos, dado que «la diversidad de los vecinos y multitud de sectas contra nuestra sancta fe y religión, fundados so color de libertad y gobierno nuevo y voluntario, que podría causar no solamente su entera perdición y apartarse de nuestra casa y linaje, más aún su enajenación de nuestra sancta fe y religión». De modo que el emperador estaba dispuesto a incumplir sus promesas tanto a Francisco como a Fernando «para que queden [los Países Bajos] al dicho príncipe, nuestro hijo, y él suceda en ellas si es posible». Advertía a Felipe que este resultado implicaba serios riesgos; de manera que, si al final, «dispusiéramos de las dichas tierras para la dicha nuestra hija y en favor del dicho casamiento, será por obviar a los inconvenientes antes dichos y por el gran bien de la Cristiandad, y del dicho nuestro hijo, beneficio, reposo y tranquilidad de los reinos y otros estados y tierras que ha de heredar».

Las Instrucciones del emperador también establecían la política que Felipe debía seguir hacia otros tres Estados: Portugal, Saboya e Inglaterra. La infanta Juana debía casarse con el heredero al trono portugués, el príncipe Juan; los franceses debían evacuar Saboya, arrebatada al duque, cuñado de Carlos; y, en lo que respecta a Inglaterra, la consanguinidad también obligaba al «dicho príncipe, nuestro hijo, a tener» a su prima María Tudor «por encomendada, y asistirle y favorecerla cuanto convenientemente fuere posible».